

Odres nuevos

Se me hace simpático, agradable, el que Jesús comience su ministerio en una boda. Podría haberlo hecho ante el Sanedrín, en un funeral, en un mitin juvenil. Ha preferido la fiesta. Siendo invitado, quería pasar inadvertido. Fue su Santa Madre quien lo delató incitándolo a realizar su primer “Signo”. ¡Qué signo! Multiplicar el vino. Devolver la alegría a unos novios que comenzaban en total frustración su primer amor.

Hay vergüenzas que llevamos dentro sin ser advertidas. Hay heridas que sabemos ocultar. Pero un fiasco en una boda donde se acaba el vino, es algo tan público que desbarata cualquier magia de distracción. Una mujer, en intuición profunda, María, advierte la situación y busca la solución en su Hijo. “No tienen vino”. Es la constatación más honda: Falta el vino del amor, el de la vida, el de la felicidad. El segundo vino.

Para poder escanciar el segundo vino, es urgente que estén vacías las tinajas. El vaciamiento es la primera condición. María lo sabía. “Hagan lo que les diga, Él”, dice a los sirvientes. Pues hay que llenarlas para que se dé el “signo”. También los esposos necesitan “vaciar” para que se dé el segundo amor, éste sin sentimentalismos, ni romances. Éste que ya madura en buena cosecha, consumida hasta la última gota.

Y se da el vino nuevo. El mejor, el de más peso, color, sabor. El que se deja tomar... que exige también nuevos embases. Son los odres nuevos de la parábola de la vida. Que en lo vetusto, revientan, que en la novedad, sintonizan con la presencia de Jesús. Es que a Dios no le gusta la novedad, la exige. La misma vida también clama por esta novedad que nos va identificando con Dios, con su voluntad, con su presencia en la fiesta.

Cochabamba 20.01.13

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com